

In Memoriam Doctor Miguel Echenique: un recuerdo personal

A Miguel le gustaba Francia, su cultura, su idioma, el mundo de las ideas, el paisaje, la gastronomía, las letras, difícil encontrar mejor cicerone para conocer el París histórico, Île de France, los alrededores y callejuelas cercanas a Notre Dame. En lugar próximo a las Landas solía refugiarse unos días para descansar, renovarse y poner algo de distancia de la cotidianeidad que, a veces, le pesaba. Con quien esto escribe, solíamos reunirnos en algún restaurante de Ipar alde, en Ascain, para hablar, mezclando el euskera y el castellano, a “tumba abierta”, compartir ideas y pensamientos, lecturas y sucesos, que nos hacían meditar, reír, en suma, seguir viviendo, un lenitivo, un pequeño oasis, breve, pero dosis suficiente como reconstituyente. Miguel, culto, ocurrente, con una memoria privilegiada citaba párrafos y párrafos, textuales, de obras poéticas o de pensamiento, sentencias o aforismos, para grabar en letras de molde. Siempre me obsequiaba con un libro, alguna obra que le había marcado, lector empedernido, tenía buen olfato para hallar obras serias y sustanciosas. Gustábamos de la buena mesa, de un buen vino, pues Miguel, amaba las cosas buenas de la vida, las verdaderas, eso sí, en compañía franca y sin hipocresías.



Al regreso de uno de esos viajes por Francia, concretamente de la zona del Loira, me habló, con entusiasmo, de Amboise, de su castillo y del anexo, “Clos-Luzé”, en donde vivió muchos años y murió Leonardo da Vinci, protegido por Francisco I, el rey renacentista francés de gusto italiano, el gran mecenas de Leonardo. Coincidió que yo acababa de leer “La sonrisa de la Gioconda” de Luis Racionero y aún recordaba, más o menos, el inicio del libro, un comienzo a modo epistolar en el que Leonardo, ya hacia el final de la vida, le escribe a su amigo Francesco con un fondo de tristeza, de lo efímero de la vida, y añade “Mi querido Francesco, la vida es corta, las promesas engañan, la muerte burla los cuidados, las ansiedades de la vida son nada.” A Miguel le gustó la sentencia, recordaba, en el fondo, al libro veterotestamentario del “Quolet”- “Eclesiastés”, “Vanidad de Vanidades, en la vida hay tiempo de reír

y de llorar, tiempo de hacer y deshacer...” Una cierta melancolía y desencanto del vivir, un ansia de felicidad, fugaz aquí, un sentimiento de que lo bello y honesto, palidece ante la bribonería y mentira del mundo. Miguel, buen conocedor de la cultura clásica griega, esencialmente de la mitología, en suma, del alma humana, con sus grandezas y miserias, recordaba la proverbial amistad de Pitias, los valores del honor y de la verdad, las características del mundo apolíneo, equilibrio y mesura, frente al atormentado y oscuro dionisiaco, ambas en el alma griega, aquellos griegos que los romanos tachaban de ingenuos e infantiles, pero admiraban su cultura y pensamiento. Ambas almas convivían también en Miguel, como en tantos hombres y mujeres. Miguel, estoy seguro, ansiaba lo hermoso y bello de la vida, pero la vida no es fácil y, a veces, nos lleva por derroteros y caminos que no queremos. Es la lucha Paulina, el bien que ansío hacer, pero el mal que, sin quererlo, a veces, sale y lo estropea todo.

Miguel, alma grande y generosa en un hombre elegante y cultivado. Vestía con distinción, sin afectación alguna, sobriedad en un cuerpo alto, y distinguido. Cabeza y mirada rápida e inteligente. Efusivo, cariñoso, comunicativo, con los que quería, en ocasiones serio y distante si apreciaba que su interlocutor no era veraz, o lo pensaba así. Con Miguel había una línea o franja que no se debía pasar, fue, era muy sensible a lo que entendía por lealtad, veracidad, hipocresía. Las dentelladas de la vida le habían hecho mella, las deserciones, los malentendidos, las faenas, los agravios, las faltas de agradecimiento, habían hecho de él un hombre a la defensiva, en suma, hipersensible, generoso hasta el extremo cuando percibía un corazón sencillo y noble; reservado y hasta huraño cuando percibía lo contrario. Su profesión de brillante cirujano le hizo tratar con todo tipo de personas y personajes, conocía, o creía conocer, también, mejor que nadie, a sus colegas: virtudes y defectos. Vanidades y afán de lucro, ignorancia disfrazada de disimulo o arrogancia, también ciencia y nobleza. Solía repetirme que el mejor regalo de su vida, dos puros farías envueltos en papel de periódico, se lo había dado una mujer pobre y sola que, sin separarse de su lado, cuidó día y noche de su hijito minusválido, operado por Echenique de una patología que nadie quería encarar, por el temor a complicaciones. Valoraba Miguel aquella abnegación de la madre, pobre y callada, frente a los dadivosos regalos de familias donostiarras que daban casi como haciendo un favor. No toleraba la presunción, y distinguía lo falsario y hueco de lo sencillo y verdadero.

Conocí a Miguel en 1983, tenía referencias tuyas por mi hermano médico a quien había dado clase. Las alumnas/os se referían con el mayor elogio al profesor Echenique, dejó huella.

Le comencé a tratar a partir de 1990, y desde ahí, de manera más asidua, hasta que se le “rompió el corazón”. El corazón suyo fue sufriendo, y mucho, a lo largo de la vida. Vida personal, vida profesional exigente, dura, sin descansos, solicitado por unos y otros. Bien formado en Zaragoza y en EE.UU, “mi mayor error fue volver de América”, me decía. Solicito a su maestro González, vuelve en el momento que nacen las Residencias Sanitarias, en España, hacia 1970-75, tal vez algo antes. De Zaragoza a su Donostia, pero su querencia era Zarauz, el de

su infancia. A todos nos marca la niñez, más que cualquier cosa, niñez difícil la de Miguel y Maite, su única hermana, en el sentido de que, por avatares de la vida sus padres, hubieron de pasar unos años en Venezuela. Quedaron aquí internos, en sendos colegios, acompañados de familiares. ¡Cómo marcaron aquellos años a Miguel!, quedan para mí esos recuerdos. Maite y Miguel, Miguel el mayor, “cuidando” de Maite. Hermano y hermana, aquellos años decisivos.

En la biografía de Miguel, su madre, Luke y su hermana Maite, son imprescindibles. La brillantez intelectual y académica de ambos es bien conocida, es un hecho constatado. Ya no están aquí, pero Michelena y Lapesa, mucho nos tendrían que decir, y bien, acerca de Maite Echenique.

Los cirujanos de esta ciudad podrán valorar mejor que yo las cualidades y defectos de su colega Miguel. No es el momento, ahora, para mí. En ese discutir azaroso, en el que Miguel, opera día y noche, se produce la ruptura con su Hospital, la salida de él, la búsqueda de otros lugares de trabajo, nunca mejores. Y su corazón se le parte a la mitad. Comienza para él otra vida, 1995-96. Deja para siempre el bisturí, sensación de gran pérdida, y se refugia enteramente en la docencia universitaria. Desde esos años hasta su final, 2008, ha sido el faro, la referencia docente de esta Facultad Médica de San Sebastián. Aquí volvió a dar lo mejor de sí. Tampoco fue un camino de rosas. Recuerdo que le dejé “mi despacho”, el que el Dr. Tovar me entregó al alcanzar mi titularidad. Lo usaba poco y Miguel tuvo allí un primer refugio. Costó también que le ampliaran la dedicación de parcial a exclusiva, impensable para un cirujano, decían. Cicaterías, tantas las de esta vida, mentes pequeñas y burocratizadas, mediocridad disfrazada de eficiencia. Con el paso de los años, alcanzada la merecida Cátedra, laureado por Universidades extranjeras, publicando en las mejores revistas científicas, aconsejando a docentes y discentes, Miguel ha sido y seguirá durante, algún tiempo, siendo la referencia de esta facultad donostiarra. Estaba en su mejor momento. Pero el tiempo pasa y todo lo olvida.

Miguel tenía una selección de obras literarias, musicales, pictóricas, cinematográficas, de referencia, digamos fetiches. Volvía a ellas cuando lo necesitaba, oía aquella música que le emocionaba, recitaba aquellos versos divinos de Lete, o aquella canción de “Urepeleko artzaina”, o aquel aforismo hipocrático, el primero, que yo solía repetir con él: “La vida es breve, el arte difícil, la ocasión fugaz, la experiencia incierta. Para que [en medicina] todo resulte favorable es necesario ganarse la confianza del enfermo, de sus familiares, y que todas las demás circunstancias nos sean favorables”.

Una de sus películas fetiche era “Memorias de África”, la vio infinidad de veces, la comentó otras tantas. Hay una escena en ella, en la que se ve, en la cima de la montaña, en el precioso paisaje de Kenia, el entierro del protagonista y al lado del ataúd está Meril Streep, vestida de negro, que lee un pasaje de un libro que tiene entre manos, mientras a lo lejos, se ve a un masai, de forma fugaz, en actitud de respeto. Una frase de ese libro dice algo así: “Cuando ganaste la gran batalla, jóvenes y ancianos te aplaudieron, [pero tú te escabulliste], sabio aquel que sabe huir del mundanal ruido, pues si pronto crece el laurel, antes que la rosa se marchita”.

A Miguel le encantaba. Tuvo días de laurel y días de espinas. Comprobó el olvido fácil, el desengaño, también la nobleza y felicidad, efímeras. Pero nos queda ahora su recuerdo y la esperanza, para mí, del feliz reencuentro, en ese mundo añorado de paz completa y felicidad. Alma grande en hombre brillante, luces y sombras de una vida cumplida. Amigo, adiskide On, Miguel Echenique Elizondo. G.B.

José M^a Urquía Echave
Profesor de Historia de la Medicina. UPV/EHU